



“¿QUÉ DICE CRISTINA?” CRISTINA QUESADA

Vecinos y visillos

En Suecia no hay visillos. Hay quien tiene persianas, pero no es mi caso y tampoco tengo visillos. Podríamos pensar que en realidad no hacen tanta falta, porque solo hay sol algunos días de unos tres meses al año. Eso sí, cuando sale, la gente deja que el sol entre por toda la casa dejándoles las pieles rojas y los plátanos Chiquita negros y blandos. Por no hablar de los meses de verano en los que amanece a las 3 de la mañana y anochece después de las 23:00. Pero no tienen visillos. Lo que echo en falta de los visillos es la intimidad. Si quieres que no te vean limpiando la cocina, cenando, saliendo de la ducha o haciendo la cama recién despierta por las mañanas, tienes que cerrar las cortinas. Pero si cierras las cortinas hay oscuridad y con oscuridad no puedes maquillarte por las mañanas. Y encender la luz a las 7 o las 8 es bastante deprimente (ya la tendrás que encender a las 14:00 cuando se haga de noche, si es invierno). Al principio solía cerrar las cortinas para todo, para no darles a los vecinos más espectáculo del necesario. Pero con el tiempo me he dado cuenta de que, si bien a ellos probablemente no les interesa nada mi vida, a mí sí que me interesa la de ellos, y bastante. Especialmente cuando paso muchas horas dentro de casa trabajando y sin poder salir cuando hace mal tiempo. Desde las tres ventanas exteriores de mi pequeña casa me entero de todo: veo a mi vecina Eva de 77 años saliendo a fumar, aunque llueva, truene o nieve; a los vecinos del tercero en bañador tostándose al sol sin protección (cuando sale el sol, ya saben); a varias chicas hablando de

sus cosas en el jardín comunitario y bebiendo kombucha; y al vecino que se parece a Papá Noel sacando a su gato a pasear con correa. La mirilla también da mucho juego: he visto al vecino de enfrente mudarse, a la nueva vecina instalarse, he visto cómo empapelaba el hall de su casa, cómo el vecino corredor estira justo delante de mi puerta y cómo al cartero se le caía su bolso lleno de cartas. Al principio, me enfadé bastante cuando pusieron los contenedores de basura en el jardín a la vista desde mi ventana, pero ahora me da algunos de los mejores momentos: veo al vecino del edificio de enfrente sosteniendo la tapa del contenedor con su cabeza para poder tirar la basura y que no se cierre (una marranada que no sabe que servidora ha visto); al vecino del cuarto tirando a hurtadillas cartones de pizza que no deberían a ir ahí, porque no sabe que yo estoy ahí vigilando desempeñando mis labores de policía del reciclaje; a la vecina que tiene el balcón con las flores más bonitas tirando el compost todas las tardes a las 19:00, una tarea que es de su marido, pero que lleva semanas sin poder hacer porque lo operaron hace poco de una pierna y no se puede mover (esto me lo contó mi vecina Eva); y a los chicos de la basura, que son mis despertador los lunes, los miércoles y los viernes a las 7 de la mañana cuando vienen a vaciar los contenedores. Y todo esto era para contarles, mis queridos vecinos de Fuerteventura que mi nuevo lema de vida es: “Que la falta de cortinas transparentes de lino e hilo no te impida seguir siendo la vieja del visillo.”